

Año VIII N.° LXXXIV

Revista de Occidente

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
RIVERSIDE

Director:

José Ortega y Gasset



Sumario

J. Huizinga: *La nostalgia de una vida más bella* * Juan Giraudoux: *Anfitrión 38* (primer acto) * Edgar Neville: *Su único amigo* * Ramón Gómez de la Serna: *Gravedad e importancia del humorismo.*

NOTAS.—Emilio García Gómez: *Toledo mozárabe y cosmopolita* * Ramiro Ledesma Ramos: *Las sensaciones táctiles* * Francisco Ayala: *Góngora en Centroeuropa.*

Ornamentación de Jahl

Pesetas: 3,50 Madrid Junio 1930

abundantes filones de este fecundo venero. Y podrán también, naturalmente, aportar multitud de rectificaciones y enmiendas. Una labor de esta índole no puede acometerse en primera instancia más que en conjunto, y es susceptible de mil ampliaciones y estudios monográficos de detalle *.—*EMILIO GARCÍA GOMEZ.*

Las sensaciones táctiles

EN los últimos quince años se han escrito con cierta frecuencia libros muy interesantes de psicología. Todos ellos coinciden en restringir su atención a sectores particulares, sin abordar el problema central que permitiese una elaboración sistemática de esta ciencia. Y ese carácter de las publicaciones de índole psicológica no reside sólo en aquellas que son fruto de esfuerzos más o menos aislados, o procedentes de la filosofía, sino que alcanza también al carácter mismo de la problemática que presentan las más famosas escuelas de psicología. Así, el núcleo de los psicólogos de la figura—Gestalttheorie—, hoy detenidos casi radicalmente en sus afanes de estructuración total, aunque en pleno triunfo sus concepciones sobre la condición figurativa y apriórica de las vivencias. Así, la escuela de los *eidéticos*, núcleo que trabaja en Marburgo desde hace más de veinte años, bajo la dirección de E. Jaensch, confinado en una mera cuestión de prehistoria de las percepciones. Pero la idea central, el secreto del fenómeno de conciencia, cuyo planteamiento llevaría consigo todas las investigaciones en pos de metas únicas, no aparece a través de estos libros magníficos que se publican.

Uno de ellos es el de David Katz sobre las sensaciones táctiles *. Nuestra vida psíquica está al parecer repleta de sentidos postergados. A más de otros propósitos que indicaremos luego, el libro de Katz responde al inmediato afán de reivindicar para las sensaciones táctiles un lugar de primacía en el mundo psíquico. Por esto, posee a veces un tono seriamente divertido. Resulta que los principios de más alto rango que intervienen en la elaboración de una teoría del conocimiento tienen una directa conexión con modestas vivencias del mundo táctil. Más aún que por medio de los sentidos llamados superiores—vista, oído—adquirimos las ideas fundamentales que maneja la filosofía por sensaciones táctiles, lo que está de acuerdo con el hecho comprobable de que en los idiomas cultos los vocablos con que se expresan las funciones supremas del conocimiento proceden etimológicamente de términos que aluden a una determinada acción de la mano. Veamos, por ejemplo, en latín: *perispere* y *comprehendere* se refieren al coger con la mano. *Oblivisci* (olvidar), que se deriva de *oblinere*, borrar, naturalmente un acto de la mano. Y, sobre todo, el caso decisivo: ¿No se confiere más firme carácter de objetividad al *manifestus* (palpable, manifiesto) que al término obtenido del sentido visual, *videre* (parecer)?

El estudio de las sensaciones táctiles conduce a Katz tanto a considerar los fenómenos propiamente psíquicos como a la discriminación de una esfera material nueva, a la denuncia de un magnífico sector de una teoría de los objetos. En nada aparece con tanta decisión el influjo kantiano sobre la ciencia y la filosofía actuales como en ese acatamiento, en esa aceptación por parte nuestra de una teoría de los objetos **. Los pro-

* También me parece de estricta justicia añadir unas líneas de aplauso al benemérito Instituto de Valencia de Don Juan, que ha publicado a sus expensas, con un lujo y un esmero tipográfico extraordinarios, cuatro enormes tomos en folio, tres de ellos casi exclusivamente en árabe, y que no encontrará otra compensación que el honor de haber dado a la ciencia española una de las obras de erudición más considerables, de las publicadas en lo que va de siglo.

* D. KATZ: *El mundo de las sensaciones táctiles*, trad. esp. de Manuel G. Morente. Ed. REVISTA DE OCCIDENTE, Madrid, 1930.

** Espero explicar debidamente esta característica del pensamiento actual

blemas mínimos encierran muchas veces la clave sobre que descansan construcciones de gran estilo. Qué sea realmente un objeto, en la esfera de la investigación psicológica, no lo sabemos todavía en forma precisa y clara. Pueden contribuir a que ello cese descubrimientos parciales de esta índole. (Muy claro ha visto ya Reininger * cómo los fenómenos de conciencia son a la vez representación y vivencia; lo uno por su *contenido*, lo otro por el *modo de ser dado* ese contenido.)

En el campo visual encontramos que existe una materia cromática, invistiendo a las cosas, que el ojo captura y asume. De análoga manera, sería legítimo el hallazgo de unas peculiaridades táctiles, insitas en las cosas, a las que otorgaría realidad y sentido una intervención dérmica. Las investigaciones de Katz reconocen todas un origen experimental. Con hábil ingenio y muy pocos y sencillos aparatos, el psicólogo ha efectuado una gran profusión de experiencias, en las que funda luego las conclusiones de orden teorético. Según era de presumir, Katz adopta en su libro los métodos más recientes y se enlaza con la problemática de última hora. Así los resultados poseen el vigor necesario para manifestarse en relación con los esfuerzos filosóficos que caracterizan este siglo. Su libro, repetimos, es de origen experimental. Sin embargo, la descripción fenomenológica desplaza las posibles perturbaciones de interpretación. Desde hace cuarenta o cincuenta años, un prejuicio psicofisiológico imperaba en todos los hallazgos de la psicología. La fidelidad a este prejuicio era exigida rigorosamente. Las consecuencias de ello son esas pobres e inarticuladas investigaciones psicológicas a base de nervios, células, cortezas cerebrales y otras cosas del mismo estilo. En todo caso, ¡qué tendría que ver esto con la psicología! He aquí el libro de Katz, donde con todo rigor experimental se estudian las sensaciones táctiles sin creerse obligado a exponernos un tinglado

en un largo estudio que preparo sobre «La tesis copernicana de Kant y el sentido actual del *a priori*».

* ROBERT REININGER: *Das psycho-physische Problem*, segunda edición. Viena, 1930, pág. 68.

anatómico sobre células nerviosas de la piel, corpúsculos de Meissner, Pacini, etc. La descripción fenomenológica lo evita felizmente, y su valor resiste todo género de dudas. Asimismo, Katz utiliza a cada momento los trabajos de los psicólogos de la figura, que son hoy imprescindibles en este orden de estudios.

Las sensaciones táctiles interfieren con frecuencia con otras de análoga localización. Tales las de presión, resistencia, temperatura, etc., que, por cierto, suelen contribuir a redondear la impresión táctil. Examinemos cómo participa la temperatura en este orden de fenómenos. Si se colocan varios cuerpos—un trozo de metal, de madera, etc.—en un recinto a temperatura fija, la ley de equilibrio térmico indica que esos objetos llegarán lógicamente a tener la misma temperatura. Es sabido, sin embargo, que al contacto de nuestros dedos nos proporcionan sensaciones diferentes de calor o frío. El metal nos parece más frío que la madera, y ésta más que un paño de lana. No es posible, por tanto, creer que lo que percibimos al tocar esos objetos sea su temperatura. Una pura explicación física de este fenómeno alude a la mayor o menor conductibilidad de los objetos, que provocaría en el dedo un enfriamiento por abandono calórico. Ahora bien, no está libre de dificultades una explicación así. Pues aparte de que ya es algo absurdo que un estado térmico de nuestra piel sea referido a un objeto exterior, el hecho de que los diferentes cuerpos no nos ofrezcan todos—a temperatura, claro, inferior a 37°—una impresión de frialdad, aunque fuera de distinto grado, resulta inexplicable. La lana, por ejemplo, se nos aparece como *positivamente* caliente. En teoría, cuando la lana estuviese a la temperatura de nuestro cuerpo no podría existir intercambio calórico. Katz trata de resolver estas dificultades. Diversas experiencias le permiten establecer un principio de *invariancia térmica*. Según éste, los distintos objetos forman una serie fija, que permanece válida para otras temperaturas-ambiente. Katz hizo experimentos desde — 3° hasta + 26° ¿No cabe hablar de «figuras térmicas» específicas que residen en los cuerpos, *habilitadas por órganos táctiles?* Si las experiencias se verifican a temperaturas

superiores a la de nuestro cuerpo, acontece un hecho curioso y es que la serie formada antes se ordena en sentido rigorosamente inverso.

Las operaciones táctiles demuestran asimismo la colaboración de otro orden de sensaciones, las llamadas de vibración *. La vida de los sordomudos proporciona argumentos sobrados para intentar un estudio de ellas. Cómo estos hombres llegan al conocimiento de ciertas enseñanzas, recibe explicación satisfactoria con la admisión de las vibraciones capturadas por vía táctil. El caso Sutermeister, logrando vivencias musicales perfectas a pesar de su sordomudez, cuyo origen son sensaciones de vibración que partían, al parecer, del tórax. Algunos fenómenos que antes bordeaban lo maravilloso adquieren con este nuevo mundo vibrátil pleno sentido. Vista la independencia de estas sensaciones con las acústicas, puede igualmente comprobarse que son también independientes de las de presión. La forma ondulatoria del estímulo es lo único que tienen de común con las primeras. De las segundas se diferencian totalmente. Si hacemos vibrar un diapasón dentro del agua se suscitan sensaciones de vibración en el dedo sumergido, siempre que no esté a mucha distancia. Acontece lo mismo en el mercurio, que según Meissner no despierta sensaciones de presión por debajo de la superficie. Podría hablarse de una duplicidad en el sentido del tacto. De un lado, la presión como sentido próximo. De otro, el de la vibración como sentido lejano. Tan legítimo es, pues, hablar de un mundo sonoro como de uno vibrante. La intervención del sentido vibrátil en la percepción de ciertas propiedades parece evidente. Si golpeo con la uña, habiéndome tapado previamente los oídos, un material cualquiera, advierto si es elástico o inelástico, duro o blando. Ello obedece al impulso vibratorio. Éste es el que nos

* La importancia de los trabajos de Katz, tanto en el descubrimiento y diferenciación de estas sensaciones de vibración como en sus estudios sobre el mundo táctil y el de los colores, para una nueva teoría de la percepción ha sido proclamada por Max Scheler. Véase su gigantesco libro: *Die Wissensformen und die Gesellschaft*, Leipzig, 1926, págs. 330 y 356.

da también noticia del suelo que pisamos o que tocamos con la punta del bastón, etc., etc.

Parece que los recursos humanos, en cuanto a la variedad de especies de vivencias, son infinitos. Relacionados con fines prácticos e impulsados por vía artificial serían doblemente infinitos. Es inagotable el descubrimiento de posibilidades de índole psíquica. Entre los Warramunga—pueblos de Australia—existe la costumbre de prohibir a las viudas el uso de la palabra durante los doce meses siguientes a la muerte del marido. En este tiempo se comunican con los demás por medio de gestos. Pues bien, cuando termina la prohibición, muchas de ellas *prefieren* continuar expresándose por gestos a utilizar el lenguaje. ¿Qué valores serán esos a que permanecen fieles, despreciando el uso de la palabra?—*R. LEDESMA RAMOS.*

Góngora en Centroeuropa *

SÓLO como excepcional producto de una raza suele darse el tipo de hombre—fino y hondo, delicado y complejo—a que este joven amigo de España, el doctor Walther Pabst que ahora publica su libro *Creación de Góngora*, pertenece.

No corresponde el talento de Walther Pabst a esa especial, infatigable mentalidad cosmopolita de la que tanto puede esperarse como temerse y que, dúctil y despierta, sobrenada en la producción cultural del día a costa de mantenerse, según era de esperar, en la superficie. La raíz de su ser—germánica, de tradicional germanismo—le hace buscar el contacto con las grandes profundidades; ahondar siempre en busca de lo auténtico y en desprecio de lo brillante, cuando no es sino brillan-

* WALTHER PABST: «Góngoras Schöpfung in seinem Gedichten Polifemo und Soledades». Extrait de la *Revue Hispanique*, tomo LXXX. New York, París, 1930.